



Paul Bowles
Desafío a la identidad
Viajes 1950-1993



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

PAUL BOWLES

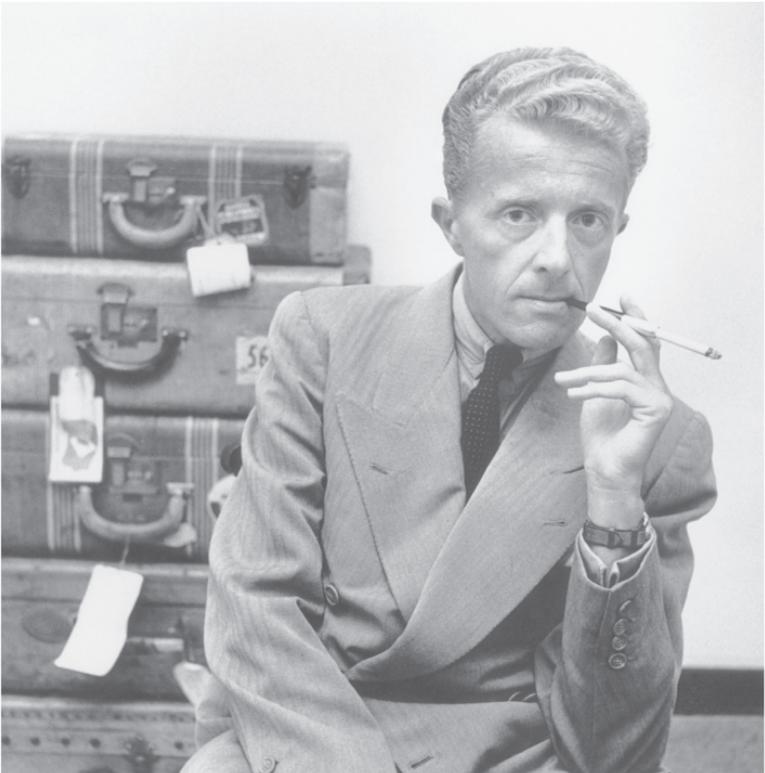
Desafío a la identidad

Viajes, 1950-1993

Traducción de
Nicole d'Amonville Alegría
y Rodrigo Rey Rosa

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores



Paul Bowles delante de sus maletas, Tánger 1952.

Los viajes de Paul Bowles

Paul Theroux

El Paul Bowles estereotipado es el hombre de oro, el exiliado enigmático, bien vestido y con una boquilla entre los dedos, que se deleita en el sol marroquí, vive de remesas y, de vez en cuando, ofrece sus alarmantes y pulidas ficciones al ancho mundo exterior. Ese retrato tiene una pizca de verdad, pero deja mucho por conocer. Es indiscutible que Bowles tenía estilo y que triunfó con un libro. Pero un único libro, aunque tenga éxito, no suele garantizar unos ingresos estables. Y, muy aparte del dinero, la vida de Bowles era complicada en lo emocional, lo sexual, lo geográfico y, por supuesto, en lo creativo.

Bowles era un hombre con recursos —como suelen ser los exiliados o los expatriados— y tenía varios cauces para su imaginación desbordante. Se hizo un nombre como compositor, escribió música para una serie de películas y obras de teatro. Fue un etnólogo de la música, un compilador *avant la lettre* de canciones y melodías tradicionales en aldeas remotas de Marruecos y de México. Escribió novelas y cuentos. Escribió poemas. Tradujo novelas y poemas del español, el francés y el árabe, y creó más de una docena de libros, junto con el cuentacuentos marroquí Mohammed Mrabet. Así que resulta que en realidad el alma lánguida y deslustrada del estereotipo fue un hombre muy ocupado y productivo, casi un esclavo.

Escribió también crónicas de viaje, un libro entero, que se publicó con el título *Cabezas verdes, manos azules* (1963).¹ Y, como muestra esta nueva y valiosa edición, es-

1. Edición española: Alfaguara, Madrid, 1994.

cribió muchos más artículos de viaje que los que constan en ese libro, y más de treinta no habían vuelto a publicarse. Esos textos incluyen entradas de diario y poemas en prosa, un largo poema autobiográfico («Paul Bowles, su vida»), ensayos polémicos, comentarios políticos y artículos para revistas de moda, así como autoritarias introducciones de libros, como la que intento escribir yo ahora.

Era guapo, difícil de impresionar, atento, solitario y sabía lo que quería; su aceptación casi fatalista le convertía en el viajero ideal. No era muy gastrónomo, como muestra su ficción, la comida repulsiva (pelos en el estofado de conejo) le interesaba mucho más que la alta cocina. Le apasionaban el paisaje y sus efectos en el viajero –como demostró en «Bautismo de soledad»–, le fascinaban los humores del cielo y le estimulaba lo grotesco, en la forma deforme que fuese. (Le hubiese encantado la observación de Augustus Hare en *The Story of my life*: «Se decía que la razón por la que Mrs. Barbara no tenía sino un brazo y parte del otro era que la tía Caroline se había comido el resto».) Desprecia el presunto progreso y la tecnología, y en uno de estos textos, que versa sobre Colombo, dice que padece «la gangrena del siglo xx», en alusión a la modernidad.

Como muestran una y otra vez estos textos recién desenterrados, Bowles distaba mucho de ser el dandi diletante con el que a veces se le confunde. Durante los sesenta y dos años que representan, desde 1931 hasta 1993, Bowles fue un escritor serio y muy trabajador, que intentaba ganarse la vida; porque, tras el éxito de *El cielo protector* (1949), sus libros no se vendían rápido. Ésta es una colección tan saludable como iluminadora, que demuestra que si el escritor prudente desea librarse de las indignidades de un trabajo real y de las opresiones de un jefe irritable tiene que seguir escribiendo. Bowles tuvo la fortuna de escribir en una época (no muy lejana, pero desaparecida) en que las revistas de viajes aún aceptaban de buen grado los ensayos extensos y ponderados. Escribió para la revista americana *Holiday*. Bajo ese

frívolo nombre se escondía una seria misión literaria. Los escritores ingleses de ficción V. S. Pritchett y Lawrence Durrell también viajaron para esa revista; lo mismo que John Steinbeck, después de obtener el Premio Nobel de Literatura, cuando atravesó los Estados Unidos con su perro. Bowles escribía asimismo para *The Nation* y para *Harpers*, y colaboraba con ensayos en antologías. Como vemos aquí, Bowles escribió un artículo para *Holiday* sobre el hachís, otro de sus entusiasmos, porque fumó durante toda su vida.

Sabía qué le gustaba y qué le aburría de los viajes: «Si se me presenta la opción de elegir entre visitar un circo y una catedral, un café y un monumento público, o una fiesta y un museo, me temo que por lo general me decantaré por el circo, el café y la fiesta».

Independientemente de para quien escriba –revistas de viajes o presuntuosas publicaciones trimestrales–, siempre es afortunado, y a menudo, divertido. Acerca del interior de Argelia: «Cuando uno llega a una población en dichas regiones, tirada como los restos de un almuerzo al aire libre en medio de un estacionamiento sin fin, sabe que fueron los franceses quienes la pusieron allí». O en el desierto, bebiendo «una Pepsi-Cola muy caliente», o viendo «datileras asoladas por langostas, cuyas ramas parecen las varillas de un paraguas roto», o el inolvidable Monsieur Omar, «tumbado en la cama fumando, con unos calzoncillos como único vestido, un Humpty Dumpty encantado e indestructible».

Una de las rarezas, para no decir extraños anacronismos, en algunos de estos escritos es su despreocupada alusión a los esclavos o a la esclavitud: «Si no hay un esclavo o un sirviente a mano...» escribe en *Holiday* en 1950. En un texto del mismo año, sobre Fez, afirma sin dar detalles: «Sidi Abdallah ha tenido un hijo con una de sus esclavas. El comercio de esclavos fue abolido por los franceses, pero la institución persiste». Nueve años más tarde, hace otra pequeña observación en un artículo sobre la hospitalidad en «África Menor»: «Sólo el guardia, un viejo esclavo sudanés, tenía

las llaves». Donde el lector podría esperarse algo escandaloso, Bowles se limita a afirmar, sin más.

Escribió sobre París en una época en que él era francófilo y libre como el viento; sobre la Costa del Sol, cuando la costa seguía siendo elegante y no estaba destrozada; sobre Ceilán (donde era propietario de una isla entera no lejos de la costa); sobre Tailandia (la odiaba), Estambul («el desorden es la tónica visual»), Kenia en la época del *mau-mau* (donde era anticolonial a contracorriente), Madeira, India, y otros lugares a los que le mandaron o por los que pasaba por casualidad.

Su lugar preferido era Marruecos, sus ciudades, su interior, y sobre todo, Tánger. Pero es el Tánger particular de Bowles, no el del turista o el de los hippies; ni siquiera es la ciudad de William Burroughs, Barbara Hutton o Truman Capote, pese a que les conocía a los tres y escribió bien sobre ellos. Para Bowles, Tánger no es tan decadente como suelen pintarla; es una ciudad amigable y desenfundada; es barata, no hermosa y una mezcla de estilos arquitectónicos; está fuera de las rutas turísticas, no tiene centro y está desertificada por «una escasez de vida cultural». Bowles dice que la ciudad le infantiliza y la menosprecia cariñosamente: «Tánger es una ciudad donde todos viven con cierto grado de incomodidad».

Pero Tánger tenía sus excéntricos. A Bowles le interesaban mucho más que los millonarios o los Beats. Mr. Black, con su bebida inusual, es como una ficción de Bowles: «Estaba el algo siniestro Mr. Black, al que nunca conocí, pero que, según me han dicho, tenía una nevera eléctrica descomunal en la sala de estar, en la que había una colección de botes de cristal de un cuarto de litro. De vez en cuando abría la puerta de la nevera, inspeccionaba las etiquetas de los tarros y seleccionaba uno. Luego, delante de sus invitados, vertía el contenido en un vaso y lo bebía. Una señora que conozco, que un día presencié aquello, preguntó ingenuamente si lo que había en el vaso era una mezcla de remolacha y zumo de tomate. “Esto es

sangre –dijo–. ¿Tomará un poco? Es deliciosa refrigerada, ¿sabe?”. La señora, que había vivido en Tánger muchos años y por tanto estaba decidida a no demostrar asombro ante nada, contestó: “Ahora mismo no, gracias. Pero. ¿puedo ver el tarro?”. Mr. Black se lo entregó. La etiqueta ponía: *Mohammed*. “Es un muchacho rifeño”, explicó Mr. Black. “Ya entiendo –dijo ella–, y los otros tarros?”. “Cada uno es de un muchacho diferente –explicó su anfitrión–. A ninguno le saco más de un cuarto de litro a la vez. No sería conveniente. Les debilitaría demasiado”».

En varios de los textos aquí reunidos, Bowles aprueba sin ambigüedad la cultura de la droga en Tánger: fumar el kif narcótico y comer *majoun*, la mermelada de cannabis. «En los países alcohólicos el cannabis –el único rival serio del alcohol en todo el mundo, del que se estima que hay millones de consumidores– siempre se describe como una amenaza social.» [de «Kif», un ensayo que escribió para *El libro de la yerba*¹]. No es en absoluto un bebedor, y aun menos un alborotador, pero tiene sus placeres.

Aunque algunos textos son puramente políticos, y otros tan elegantes como cualquier otro de sus escritos, en general su perspectiva es mucho más relajada aquí que en su ficción, e incluso que en los ensayos seleccionados para *Cabezas verdes, manos azules*, muchos de ellos redactados en el tono de quien escribe cartas a casa (otra paradoja, porque durante la mayor parte de su vida Bowles no tuvo realmente un hogar fuera de Tánger): son informativos, directos, de tono coloquial, informales y a veces abruptos: «Así que me marcho mañana. Ya no aguanto esta lluvia». Se le asocia con una ciudad, pero él deja caer, como quien no quiere la cosa, que en seis meses del año 1959 ha recorrido cuarenta mil kilómetros, y lo extraordinario aquí es que Bowles tenía miedo de volar, por lo que viajaba en barco, autobús y tren.

1. Edición española: Anagrama, Barcelona, 1977.

Su amplia experiencia del mundo le equipó para escribir sobre viajes y uno de los mejores ensayos de este libro («Desafío a la identidad») analiza la literatura de viajes: «¿Qué es un libro de viajes? Yo diría que es el relato de lo que ocurrió a una persona en determinado lugar, y nada más que eso; no contiene información acerca de hoteles y carreteras, ni listas de frases útiles, estadísticas o sugerencias acerca de la clase de ropa que el visitante podría necesitar. Es posible que tales libros estén condenados a la extinción. Espero que no, porque no hay nada que yo disfrute más que leer el relato de un escritor inteligente acerca de lo que ocurrió lejos de casa».

Estos textos no sólo reflejan la larga y llena vida de Bowles, sino que también iluminan sus brillantes ficciones. Ésa fue la vida que él eligió. Nunca transigió y siguió su camino de forma admirable, escribiendo lo que quería, sin hacer nunca nada que no quisiese hacer; y así hasta la muerte.

Los melancólicos versos de su poema autobiográfico cuentan algo sobre las dos últimas décadas de su vida. Sobrevivió veintiséis años a su esposa Jane, que murió en 1973. Jane había tenido varias relaciones apasionadas con mujeres y estaba encariñada, de forma profunda y monógama, con una mujer marroquí llamada Cherifa, de la que Bowles sospechaba que era bruja y envenenadora. Bowles también tenía sus amistades masculinas. Pero la muerte de su esposa, que al parecer era bastante desaparegada y una lesbiana declarada, le dejó destrozado y en el limbo:

Después de aquello le pareció que no pasaba nada más.

Siguió viviendo en Tánger, traduciendo del árabe, el francés y el español.

Escribió muchos cuentos, pero ninguna novela.

Seguía habiendo cada vez más gente en el mundo.

Y nadie podía hacer nada acerca de nada.

VIAJES

Escritos reunidos, 1950-1993



Desafío a la identidad

A juzgar por las reseñas o por los encomios de los editores, ya sea aquí o en Inglaterra (donde el género es más próspero), parece que quienes escriben acerca de libros de viajes no están seguros de quiénes los leen, ¿los que se quedan en casa, o los aventureros? Suponiendo que estas dos categorías definen dos tipos de temperamento, y tomando en cuenta que muchos viajeros en potencia no logran realizar sus planes de conocer el mundo a causa de las circunstancias, a mí me parece que los libros de viajes son leídos casi exclusivamente por los aventureros –los que ya han viajado y los que desean viajar– pero, desafortunadamente, hoy en día son leídos sólo por un pequeño porcentaje de éstos.

Aun tan recientemente como hace un siglo, viajar era una especialidad. Como los lugares remotos estaban fuera del alcance de todos menos un grupo de afortunados y resistentes, era natural que el deseo de contacto con lo exótico se satisficiera a través de las experiencias de otros, por medio de la lectura. Hoy, cuando en teoría cualquiera puede viajar a cualquier sitio, el libro de viajes tiene otra función; el énfasis se ha desplazado de los lugares en sí al efecto que éstos tienen en la persona. El libro de viajes se ha vuelto, por necesidad, más subjetivo, más «literario». Pero esto tiende a dejar al escritor de viajes sin su lector natural. El aventurero suele ser extrovertido, alguien que desprecia las experiencias de segunda mano. Si quiere ir a Sudamérica –aun si sólo sueña con ir– no está deseoso de conocer las impresiones de Isherwood antes de haber ido. Quiere un volumen conciso

con información acerca de la historia, el clima, las costumbres y los lugares más interesantes de cada república. Hasta es vagamente consciente de haber decidido formarse sus propias ideas, y al diablo con lo que otros hayan sentido al encontrarse cara a cara con el Aconcagua.

¿Qué es un libro de viajes? Yo diría que es el relato de lo que le ocurrió a una persona en determinado lugar, y nada más que eso; no contiene información acerca de hoteles y carreteras, ni listas de frases útiles, estadísticas o sugerencias acerca de la clase de ropa que el visitante podría necesitar. Es posible que tales libros estén condenados a la extinción. Espero que no, porque no hay nada que yo disfrute más que leer el relato de un escritor inteligente acerca de lo que le ocurrió lejos de casa.

El tema de los mejores libros de viajes es el conflicto entre el escritor y el lugar. No importa quién lleve la mejor parte, siempre que el combate sea narrado con fidelidad. Para lograr esto es necesario que el escritor esté bien dotado para describir situaciones, lo que tal vez explica por qué muchos de los libros de viajes que no han huido de mi memoria fueron producidos por escritores expertos en el arte de la novela. Uno recuerda la indignación de Evelyn Waugh en Etiopía; la impasibilidad de Graham Greene en África occidental; cómo Aldous Huxley se dejó deprimir por México, o cómo Gide descubrió su conciencia social en el Congo, mucho tiempo después de que otros relatos de viaje igualmente precisos se han hecho borrosos o se han desvanecido. Dada la habilidad novelística de estos escritores, es quizá perverso de mi parte preferir sus libros de viajes a sus novelas, pero los prefiero.

Los libros de viajes que tratan de una misión o una busca definida, lo mismo que las crónicas de conquistas o exploraciones, tienen su encanto especial, pero el lector recuerda demasiado a menudo que los autores eran viajeros que tam-

bién escribían y no escritores que también viajaban. (*Smara*, de Michel Vieuchange, es una ilustre excepción, y la razón es que su busca era fundamentalmente interior; buscaba el éxtasis, y como no encontró más que sufrimiento físico, se vio obligado a usar las páginas de su diario como un alambique para obrar la transformación.)

Existe una categoría que, por el enfoque y por el tema, se parece más a la autobiografía que al libro de viajes pero, como trata de personas desplazadas a sitios más o menos extraños, se reconoce como parte de la literatura de viajes. Son relatos íntimos de la vida diaria del escritor durante su prolongada residencia en el extranjero. Tengo varios favoritos en este grupo: *Viva México!*, de Flandrau; *Hindoo Holiday*, de Ackerley; *Memorias de África*, de Dinesen; *The Alleys of Marrakech*, de Peter Mayne. Son libros en los que la personalidad del autor es el elemento decisivo; su encanto proviene de este claro énfasis puesto en las actitudes y las reflexiones personales.

Me pregunto, si estuviera escribiendo un libro de viajes, ¿me comportaría de manera distinta de la que me comporto ahora? Estoy sentado en un banco en un parque muy pequeño que domina la ciudad de Lisboa. Los sonidos del puerto suben hasta aquí, y son audibles entre los agudos gritos de los niños que juegan cerca sobre la hierba. La luz es muy intensa, aunque el sol está oculto tras un velo de niebla, y el olor del aire es una mezcla de insinuaciones de primavera imposibles de identificar. La pelotita roja con que juegan los niños rebota de pronto en la verja de hierro forjado y va a caer más allá del parapeto a un patio entre muros mucho más abajo. Hay una serie de regaños y gritos a raíz de este acontecimiento, y luego los jóvenes deportistas se dispersan, todos menos uno, el dueño del juguete perdido, evidentemente, quien se queda agarrado a los barrotes de la cerca mirando hacia abajo con anhelo. Ahora tengo la respuesta. Si tuviera que escribir un libro de viajes, lo llamaría y conversaría con él, le ofrecería dinero para comprar otra pelota.

Pero como no es así, me quedo sentado y sigo imaginando, si *quisiera* escribir ese libro, cómo lo haría.

No creo que un libro de viajes pueda escribirse de manera suficientemente precisa si se hace después de los hechos, si el autor ha estado viviendo a su antojo durante el tiempo sobre el cual se propone escribir, sin tomar notas y sin percatarse de su función como instrumento receptivo. El recuerdo mal definido de sus reacciones emotivas es siempre más intenso que la memoria puntual de lo que las causó. Confiar en la memoria es lo indicado para determinar la sustancia de una novela, pero no es aconsejable en este caso, pues es demasiado probable que altere la consistencia de la escritura.

El escritor debe tomar la decisión de ser escrupulosamente honesto al hacer su relato. Cualquier distorsión voluntaria equivale a hacer trampa en un juego de solitario: el juego pierde sentido. El relato debe ceñirse lo más posible a la realidad, y me parece que la forma más sencilla de lograr esto es proponerse ser exacto al describir sus propias reacciones. El lector puede hacerse una idea de cómo es en realidad un lugar sólo si conoce los efectos que éste ha tenido en alguien acerca de cuyo carácter tiene alguna noción y cuyas preferencias le son familiares. De modo que parece esencial que el escritor ponga cierto empeño en presentar objetivamente su propia personalidad; esto facilita al lector una clave interpretativa para valorar por sí mismo la importancia relativa de cada detalle, como la escala al pie de un mapa.

El problema de dar al relato de viajes una estructura lineal no es esencialmente literario. El escritor tiene que asegurarse de que las experiencias que constituirán su material lleguen a producirse. Escribe una historia que antes debe vivir, y si el curso que la historia sigue exige ciertos elementos que hacen falta en su vida, tendrá que arreglárselas para reorganizar su existencia con el fin de obtener esos elementos. Debe usar su poder de invención para enfrentarse, no

con la escritura en sí, sino con la relación entre sí mismo y el mundo real a su alrededor.

No hace falta decir que cada intento de hacer accesible un lugar a los turistas es un obstáculo en el camino del escritor, y si éste logra establecer contacto con el lugar es a pesar de ellos y no gracias a ellos. El propósito de los servicios oficiales para visitantes es hacer innecesaria la investigación personal. En varios países, las oficinas de turismo patrocinadas por el Estado llevan además una mira más siniestra: impedir las relaciones personales entre residentes y forasteros. Los escritores son particularmente sospechosos, desde luego, pero sortear este tipo de dificultades es una de sus tareas rutinarias. «No necesita hablar con nadie —me aseguraba un policía de un país africano—. En nuestra oficina de turismo venden guías a precios fijos, y le darán gratis un folleto especial en inglés donde encontrará toda la información necesaria.»

Y de nuevo: «¿Cómo sé que usted es en verdad un turista?», me preguntó una empleada de un consulado sudamericano en Londres cuando fui a solicitar un visado.

—¿Cómo, qué otra cosa iba a ser?

—No sé —contestó—. En su pasaporte dice «escritor». ¿Cómo sé yo lo que irá a hacer?

—Quién sabe —le dije, y en vez de ir a Sudamérica me fui al Lejano Oriente.

1958

Título de la edición original: *Travels. Collected Writings, 1950-93*
Traducción del inglés: Nicole d'Amonville Alegría y Rodrigo Rey Rosa

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: septiembre 2013

© Rodrigo Rey Rosa, 2010

Reservados todos los derechos

© de la introducción, *Los viajes de Paul Bowles*: Paul Theroux, 2010

© del texto *Paul Bowles: Una cronología*, de Daniel Halpern, 2010

© Rodrigo Rey Rosa, 1993, por la traducción de los textos: *Desafío a la identidad; El último djinn; París, ciudad para artistas; Carta a Tánger; Fez; La isleta; Carta de Kenia; Triste para los dos; Madeira; El baile de Sidi Hosni y Café marroquí.*

© del resto de las traducciones: Nicole d'Amonville Alegría, 2013

La reproducción de las fotografías y manuscritos reproducidos en esta edición se ha realizado según acuerdo con The Wylie Agency. Los propietarios son: *Harry Ransom Humanities Research Center* en la Universidad de Texas, Austin (pp.459, 131 y 542); *Paul Bowles Papers*, Biblioteca de la Universidad de Delaware, Newark, Delaware (pp.510, 488 y 569); Archivo fotográfico de Paul Bowles en el *Fotostiftung Schweiz*, Winterthur, Suiza © *Swiss Foundation for Photography* y Rodrigo Rey Rosa (pp.13, 275, 372, 391 y en cubierta, 397, 403, 302, 313, 362, 383, 182, 117, 287 y 260); Biblioteca Magnum Photo (p.6). El resto de fotografías se han reproducido por cortesía de los herederos de Paul Bowles.

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2013

© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2013

Preimpresión: María García

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Depósito legal: B. 15340-2013

ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15472-80-3

ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5455-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)